

Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (México), vol. XVI, núms. 3-4, pp. 235-238

TORRES, ROSA MARÍA, *Educación popular: un encuentro con Paulo Freire*, Quito, Centro de Educación y Capacitación del Campesinado del Azuay-Corporación Ecuatoriana para el Desarrollo de la Comunicación, 1986, 131 pp.

Este libro se propone “un encuentro con Paulo Freire”. Dos son las razones que mueven a la autora a propiciar este encuentro, que es más bien reencuentro. Por una parte, Freire sigue teniendo vigencia, no obstante que la educación popular latinoamericana ha superado su etapa freireana y encontrado sus propios derroteros; por la otra, abundan, entre los teóricos y prácticos de la educación popular, interpretaciones diversas y aun encontradas sobre el pensamiento de Freire. La autora se propone revisar críticamente este pensamiento. Lo interesante es que plantea esta revisión con dos interlocutores: Freire mismo y los educadores populares de hoy.

La obra tiene dos partes. La primera contiene un sustancioso ensayo, con profusión de notas, sobre la educación popular y el pensamiento de Freire. La segunda presenta el texto de una amplia entrevista que le hizo la autora, en agosto de 1985.

El ensayo se propone caracterizar la relación entre educación liberadora y educación popular “teniendo como protagonistas a Freire, por un lado y, por otro, a diversos grupos intermedios y de base que, en América Latina, vienen desarrollando acciones educativas con adultos”, y que encuentran en Freire un punto de referencia común. La entrevista explora dos direcciones: el sentir actual de Freire sobre la educación popular y la revisión crítica y creativa de su pensamiento, sobre todo en los puntos más controvertidos. Ambas partes se complementan: ideas fundamentales que aparecen en germen en la entrevista son elaboradas y contextualizadas en el ensayo, aunque esto conlleve algunas inevitables repeticiones.

Nota la autora que los educadores populares suelen tomar a Paulo Freire como referencia para “adoptarlo, adaptarlo o superarlo”, pero que, por lo general, el Freire al que se refieren es el de sus dos primeras obras: *La educación como práctica de la libertad* (1965) y *Pedagogía del oprimido* (1969), comúnmente criticadas como “ingenuas”, “apolíticas”, “humanistas” o “reformistas”. Aun el método psicosocial mismo, una y mil veces readaptado, no suele ser comprendido con fidelidad en su formulación original; sus términos clásicos (palabra generadora, tema generador, universo vocabular, universo

temático, codificación, etc.) reciben acepciones muy diferentes. Conviene, entonces, preguntarle cómo se ve a sí mismo contra el escenario actual de los variados desarrollos de la educación popular.

Freire insiste, en primer lugar, en que hay que ubicar históricamente sus obras y comprender que él mismo ha evolucionado; esto ahorraría muchas críticas. *La educación como práctica de la libertad* estaba referido a la sociedad brasileña de los sesenta. Al difundirse, se pretendió generalizarlo a todas las situaciones de América Latina, sin el necesario esfuerzo crítico. *La Pedagogía del oprimido*, su libro más conocido, revela ya un convencimiento de la importancia de las clases sociales y las ideologías (p. 29). Entre ambos libros hay un avance que pocos consideran.

No hay que olvidar que, no obstante su debilidad teórica, ambos trabajos fueron considerados altamente subversivos en la década del sesenta. Sus ideas costaron a su autor la prisión y el exilio. Pedagógicamente, el pensamiento inicial de Freire significó una ruptura que cuestionaba de raíz el paradigma educativo prevaleciente hasta entonces en nuestros países.

“Quienes me califican así (como idealista, subjetivista, reformista) —afirma Freire— basándose en momentos ingenuos de algunos trabajos míos —criticados hoy por mí también— deberían obligarse a seguir los pasos que he dado... Las críticas que se fundamentan en el conocimiento de uno u otro de mis trabajos no me parecen justas. Al fin y al cabo, todavía no me morí” (p. 31).

Hoy afirma que no existe “ninguna contraposición entre democracia y revolución socialista”; y ve en la educación popular “un esfuerzo en el sentido de la movilización y de la organización de las clases populares, con vistas a la creación de un poder popular”. Si se le ha criticado su escaso énfasis en lo político, hoy afirma que “no es posible hablar siquiera de una dimensión política de la educación, pues toda ella es política” (p. 34).

La obra tiene el mérito de echar mano de otras entrevistas anteriores en que Freire se ha referido a algunas de estas críticas. El ha autocriticado varias veces la ingenuidad, subjetividad, ambigüedad y poca claridad político-ideológica de sus primeros trabajos: “Lo que pasa es que ya me hice esta autocritica hace 13 años, pero hay personas que siguen criticando ese libro sin haber leído la crítica de mí mismo” (p. 35).

Sigue cuestionándose su noción de “concientización”, su falta de mención explícita de la lucha de clases: “No lo dije porque estaba ideologizado, ingenuizado como pequeño-burgués intelectual” (p. 36). “Al no haber aclarado la cuestión de las clases sociales, la dimensión política de la educación, el trasfondo ideológico que condiciona los propios métodos de acción educativa, yo abrí caminos para ser ‘recuperado’, aun cuando ésta no fuera mi práctica”. Hoy afirma: “Para el Paulo Freire de hoy, la educación popular, cualquiera que sea la sociedad en que se dé, refleja los niveles de la lucha de clases de esa sociedad” (p. 38).

Se ha criticado su concepto de concientización como idealista. Ya en 1974 reconocía que había tomado “el momento de develamiento de la realidad social como si fuese una especie de motivador psicológico de su transformación...”. “Mi error consistió en no haber tomado esos polos —conocimiento de la realidad y transformación de la realidad— en su dialecticidad” (p. 37). Por eso procedió, desde 1979, a “desmitificar la concientización”. En 1985 afirma: “Me autocritiqué cuando vi que parecía que yo pensaba que la percepción crítica de la realidad ya significaba su transformación. Eso es idealismo. Superé esas fases, esos momentos, esas travesías por las calles de la historia en que fui picado por el psicologismo o por el subjetivismo” (p. 38).

Por otra parte, Paulo Freire reacciona vivamente ante ciertas lecturas falsas de su obra. Nunca dijo, por ejemplo, que la conciencia intelectual fuese el motor del cambio social. Ya en 1969 defendía que acción y reflexión se dan simultáneamente y es a través de ambas como el hombre pasa de objeto a sujeto (p. 40).

Tampoco afirmó jamás que se diese una igualdad entre educadores y educandos o que la educación fuese no directiva. Ya en 1979 decía: “Para mí el educador, como uno de los sujetos que conoce, es indispensable a la práctica pedagógica, que sólo se completa, con todo, en la medida que tiene, por el otro lado, ese otro sujeto de conocimiento que es el educando” (p. 39). Y en 1982: “La educación... implica cierta directividad. Para mí el problema que se plantea es que una educación democrática tiene una directividad que se limita por la capacidad creadora del educando”. “Cuando uno como educador dice que es igual a su educando, o es mentiroso y demagógico, o es incompetente. Porque el educador es diferente del educando por el hecho mismo de que es educador... Por tanto, no existe una educación no directiva”. En consecuencia, también afirma que “es preciso respetar la sabiduría popular, precisamente para superarla” (p. 43).

Reacciona también contra la recuperación que ha hecho de él la corriente de la “escuela nueva”: “Yo critico todo lo que la nueva escuela criticaba a la escuela tradicional, pero yo critico también el modo de producción capitalista” (que es la base del autoritarismo).

La lectura de este libro es importante para profundizar en las bases teóricas de la educación popular. La autora señala que “se hace necesario un llamado de atención respecto a la fuerte tendencia hacia la fácil importación, universalización y generalización de objetivos, principios, métodos e instrumentos de una educación popular cuyo concepto mismo continúa siendo objeto de controversias e interpretaciones muy diversas, y la cual necesariamente debe responder a objetivos, condiciones, recursos y proyectos políticos concretos y, por tanto, diferenciados”. Ahora que se multiplican las experiencias de educación popular se requiere un “salto cualitativo”; sin ello “puede correrse el riesgo del gigante con pies de barro, el riesgo del empobrecimiento, la frustración y, finalmente, el fracaso” (p.

49). Por falta de teoría y de mediaciones adecuadas hay peligro de ceder al pragmatismo en la acción pedagógica cotidiana, con lo cual la naturaleza de la educación popular se iría perdiendo de vista.

Pablo Latapí

CREFAL